

# LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA Y PONS, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XIV

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números . . . . . \$ 0.50

## LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, OCTUBRE 14 DE 1885

SUMARIO—El Ateneo de la Mujer, por Un oyente —La góndola misteriosa (Continuacion), Débora, por Pedro Ximenez Pozzolo — Tristezas, (A un poeta), por Manrique — Leyenda, por Yvan—Acordes, Luz y sombra, por Manrique —Las dos faces, por Merlin—Duda y esperanza, por Poder—Suelto.

### El Ateneo de la mujer

I

El 14 de Setiembre del año 1884, varias señoritas que recién abandonaban la escuela, notando que su instruccion no era completa y que la mujer tambien necesita estudiar las ciencias y las letras, sinó ampliamente, al ménos, lo bastante para comprender los principales fenómenos del mundo físico y del moral, concibieron la plausible idea de fundar una Sociedad, donde tuvieran voz en las discusiones científicas, y donde las niñas encontraran manos cariñosas que les ayudaran á adquirir los conocimientos necesarios, para poder distinguir la verdad del error, y resolver las tristes y perjudiciales dudas de la ignorancia. Pronto realizaron su idea; y esa Sociedad recibió el nombre de *Ateneo de la Mujer*

Muchos fueron los obstáculos con que tuvieron que luchar sus fundadoras, y muchos otros los que han tenido que disipar sus socias en el corto tiempo que lleva de existencia.

Algunas personas, no comprendiendo que un centro de educacion é instruccion, no debe tener ninguna bandera religiosa, sin que por eso se deje de creer y adorar á

Dios, quisieron y trabajaron firmemente para que el *Ateneo de la Mujer* se afiliara á una religion determinada. Esto, que bajo ningun principio pudieron admitir sus fundadoras, porque era cerrar las puertas á las que no pertenecieran á esa religion, fué causa de algunos sinsabores, y hubiera sido la muerte de esa asociacion en germen, si la firme voluntad de las socias no se hubiera manifestado con más vigor y decision. Zanjada la dificultad, resolvieron expresar en el primer artículo de los Estatutos, que el *Ateneo de la Mujer* se ponía bajo los auspicios de Dios y que su única religion sería la del deber. De esta manera, ese centro podía recibir en su seno á todas las niñas, fueren las que fueren sus ideas religiosas, teniendo siempre por norma el cumplimiento de los sagrados deberes que todos tenemos para con Dios y para con nuestros semejantes.

Muchos otros obstáculos han tenido que vencer. Algunas voces protestaron contra la fundacion de ese centro, diciendo que la mujer no debe tener Ateneos, ni cultivar las ciencias y las letras, que deben ocuparse del hogar, y nada más que del hogar.

No me detendré en combatir los argumentos de los que así créen; ni tampoco demostrar lo útil que ese centro es para nuestra sociedad: el señor Albistur ya lo ha hecho de una manera brillante en su importantísimo diario *El Siglo*. Pero, séame permitido, decir al ménos dos palabras. Yo no estoy del todo conforme, en que la mujer se dedique al estudio tanto como el hombre; sin embargo, no pienso por eso que ella deba desconocer los fundamentos y los misterios de las ciencias y de la religion.

No creo que deba continuar sus estudios, cuando sea esposa y madre; pero miro como un hermoso ideal el que todas en su

juventud, se dediquen á conocer la verdad, para no dejarse engañar por falsas demostraciones y para arraigar más tarde en las almas de sus jóvenes hijos, los principios que los harán hombres, buenos ciudadanos y quizá hombres ilustres.

Es necesario ya que desaparezcan del hogar doméstico, esas creencias infundadas—esos temores ficticios, que algunas madres que no han templado su inteligencia en el estudio, inculcan en el alma de sus hijos y que hacen que éstos crean en muchos errores y desconozcan la verdadera causa de los hechos, porque es muy difícil olvidar la ideas, aunque sean falsas, que la madre con amor ha repetido al niño; tan solo un constante estudio consigue eso, y todavía no en todas las personas.

El *Ateneo de la Mujer* es el primero y único centro de su especie que hasta ahora se ha fundado en la República Oriental del Uruguay, y creemos, también, en toda la América del Sur. Estamos seguros de que serán opimos los resultados que producirá. Él, no tan solo influirá de una manera benéfica al cultivo de las ciencias y las letras en nuestra querida patria, sino que también transformará á muchas inteligencias oscurecidas por el error, y al iluminarlas con el sol de la verdad, les dará á conocer los deberes y derechos que tiene la mujer.

Pasaron ya los tiempos en que esa hermosa mitad del género humano, era considerada como un objeto, en que se la destinaba á los trabajos más costosos y más rudos, en que primero el padre y luego el esposo podían disponer de ella como mejor quisieran. El cristianismo, y ántes que él, la protesta de todos los corazones justos, dió á la mujer su verdadero sitio, reconociéndole todos los derechos que la ignorancia y envilecimiento de los antiguos, abusando de la fuerza, les negaban.

Hoy la mujer, ya sea madre, esposa, hermana ó hija, constituye la alegría del hogar, y á veces domina por su bondad y belleza, en vez de ser como ántes dominada por la fuerza. Hoy se hacen casi increíbles esas aberraciones del pasado: no se comprende cómo se haya podido desconocer el importante papel que ella debe desempeñar, que no la hayan considerado

como tierna amiga, en vez de condenarla á ser esclava.

El mundo moderno, con ideas completamente opuestas al antiguo, confiere á la mujer un alto puesto en el hogar, y para desempeñarlo dignamente, no basta muchas veces saber leer y escribir, es necesario algo más.

El «Ateneo de la mujer» viene precisamente á llenar ese vacío. No creemos, como algunos dicen, que el fin de ese centro, es el de formar doctoras y literatas; pero aún cuando así fuera no sería criticable. Una mujer que se dedica á la medicina, por ejemplo, si no puede corresponder á un hogar, ó más bien dicho: si esa carrera es completamente incompatible con él, no por eso abandona sus deberes, porque si es cierto que entónces hay una familia ménos, también lo es, que esa mujer lleva la calma y la alegría á un sin número de hogares.

El sacrificio de la mujer que se dedica á ejercer la medicina, es aún más loable que el de la hermana de caridad. A nadie hasta ahora he oído decir que una hermana de caridad, por el hecho de tomar el hábito, falte á sus deberes, y sin embargo ella no forma hogar; ¿y eso porqué? porque se dedica á un fin altamente noble, porque trata de consolar á los pacientes y porque abandona todas las dichas del mundo para socorrer al desgraciado. Pues de la misma manera debemos admirar á la mujer que se dedique á ejercer la medicina, porque ésta no tan solo sacrifica su porvenir en aras del dolor, sino que solo consigue su objeto despues de muchos años de estudio y de sufrimientos.

La literatura, nada peor en manos de una mujer, dicen algunos; y sin embargo todos están de acuerdo en que son pocas las obras literarias de alguna importancia en las que la mujer no ocupe un sitio preferente. Y, cómo podría de otro modo, si ella por su belleza, por sus buenos sentimientos y por su amor, se ha hecho la principal fuente de inspiracion? En la mujer se recuerda todo lo que hay de sublime y grande en el mundo: la creacion, el infinito, Dios. No hay nada dulce y poética sin ella. El paraiso era triste ántes de que apareciera Eva

A la mujer se la recuerda en todo lo que impresione nuestra alma; en el dolor, en la tristeza, en la alegría; se la vé en to-

do lo que inspira al poeta: en la gota de rocío que tiembla en el cáliz de una rosa, en la dorada luz del sol que nace, en la blanca luna que apacible cruza el cielo, llevando á todas partes la placidez de su luz. En una palabra, con ella siempre hay poesía, por eso dijo el inmortal Becquer, en una de sus grandiosas estrofas:

Miénttras haya una mujer hermosa  
¡Habrá poesía!

Y sin embargo se le quiere negar el derecho de cultivar la literatura, desconociendo quizás los profundos sentimientos que alberga su corazón y olvidándose de Mma. Stäel, Ines de la Cruz y tantas otras que han sido verdaderos génius.

Creo que no por ser mujeres, deben ahogar la poesía en su alma, si sienten en su pecho el fuego de la inspiración. Su génio nunca debe despreciarse, porque cuando se manifiesta, es ave de potente vuelo que va á buscar á las mayores alturas los principios que han de servir de base á sus obras.

Si el *Ateneo de la Mujer* tiene por fin el formar literatas ó científicas, siga su marcha, que producirá grandes bienes. No por eso se ha de conmover la sociedad, como dicen algunos, y además no serán muehas las que tomen una carrera determinada.

La mayoría de los hombres, incluso el que escribe estos renglones, admirarian á una mujer doctora ó literata; pero no la elejirian para esposa, no tan solo porque no podria corresponder á los deberes de su casa, sinó tambien porque parece que esas carreras están algo reñidas con esa dulzura y con esa pureza que uno busca en la mujer y que hace la amemos de todo corazón.

Si el *Ateneo de la Mujer* tiene tan solo por fin, el educar á las niñas para que sean buenas hijas, buenas madres y buenas esposas, siga su marcha, siga, porque entonces dará magníficos resultados; no se extenderá á un corto número de señoritas, como en el casi anterior, su círculo de acción será mucho más extenso, á él concurriran infinidad de niñas, y serán múltiples los bienes que produzca.

Para terminar, felicito sincera y ardentemente á las socias de ese centro, deseando que él continúe la marcha que ha emprendido.

La primer velada pública del «Ateneo de la Mujer».

## II

### LA PRIMER VELADA

Hace pocos dias, el «Ateneo de la Mujer» celebró su primer velada pública, con el objeto de festejar el primer aniversario de su fundación. Antes de esa, ya habian tenido lugar en el local de la Sociedad, otras varias, á las que daban el nombre de privadas, porque á ellas solo podian concurrir las socias y sus respectivas madres.

La velada de la otra noche tuvo lugar en los espaciosos salones del «Ateneo del Uruguay»; los que eran pequeños para contener el sinnúmero de personas que habian concurrido. El salón estaba arreglado con muchísimo gusto. En la tarima que ocupaban las señoritas de la Comisión Directiva, había una porción de grandes ramos de flores de distintas formas, destinados á servir de obsequio á las que tomaron parte. Un bellissimo cuadro con el escudo oriental, y otra porción de ricos objetos formaban el adorno del salón.

El programa que estaba anunciado, era el siguiente:

#### PROGRAMA

##### *Primera parte*

- 1.º Himno nacional, por orquesta, dirigido por el profesor Formentini.
- 2.º Discurso de apertura, por la presidenta del Ateneo, Maria D. Grané.
- 3.º Cerimele.—Trovatore á cuatro manos, por la niña Juana Coppetti, acompañada por su padre el profesor señor Coppetti.
- 4.º La Esperanza.—Poesía de J. R. Mendoza, por la niña Blanca Flores.
- 5.º Smiht Hernani—Fantasía para piano, por la señorita Rosa Vivas.
- 6.º Influencia de «El Ateneo de la Mujer» en la sociedad.—Discurso por la señorita Rosa Nicola.
- 7.º P. Senna.—Moisés.—Fantasía para copofhone, por la niña Juana Coppetti, acompañada al piano por su padre el profesor Coppetti.
- 8.º Israel—Tanauser y Dengrin.—Fantasía para piano, por la señorita Catalina Migliarini.
- 9.º El Desterrado.—Poesía de J. de Sal-

terain, por la señorita Telésfora Taborda.

10. Benedeto Lecesi. — Fanciola dell Asturia. — Sinfonía para piano á cuatro manos, por las señoritas Manuela y Sara Silva.

*Segunda parte*

1.º Saffo. — Coro de señoritas, acompañado de orquesta.

2.º La Mujer. — Discurso de la señorita Casiana Flores.

3.º Smit. — Favorita. — Para piano, por la señorita María Diparraguerre.

4.º La Libertad. — Poesía de J. C. Gomez, por la niña Elina Grané.

5.º Gounod. — Melodía religiosa, para piano y violín, por la señorita Julia Grané y el joven Luis Garabelli.

6.º Reminiscencias. — Discurso de la señorita María A. Sanchez, leído por la señorita Telésfora Taborda.

7.º Menizzi. — Il Guarani. — Gran trio para copofhone, piano y violín, por la niña Juana Coppetti, el profesor señor Coppetti y el joven Manuel F. Silva.

8.º Discurso de clausura, por la vicepresidente del Ateneo, señorita Rosalia Migliarini.

9.º Gran wals, por la orquesta.

Serian las ocho, poco más ó ménos, cuando las señoritas de la Comision Directiva, fueron á ocupar sus puestos; algunas vestidas de blanco, otras de azul, todas con riquísimos trajes, formaban ante nuestra vista un cuadro encantador, en el que la pureza y la modestia se disputaban la palma.

Entre una salva de aplausos, y notándose alegría en el rostro de todos los concurrentes, la orquesta dirigida por el profesor Formentini, dió principio á la ejecución de nuestro Himno Nacional. Aquel momento fué sublime: figuraos que veis un grupo de señoritas emocionadas, que frente á ellas hay un público numeroso que las mira con avidez; y que en el mismo momento oís las dulces y sonoras notas de nuestro Himno Nacional, esas notas que impresionando al alma, traen á la memoria el recuerdo de los valientes que nos dieron independencia y libertad; esas notas que nos dominan, haciéndonos sentir la patria en las fibras de nuestro corazón. ¿Queréis algo más bello? Imposible, no hay un conjunto más bello que aquel en que brillan á un mismo tiempo la patria — la

belleza — el amor — la ciencia y el arte. Y ese era el conjunto que en ese momento se habia formado en los salones del «Ateneo del Uruguay».

Se perdian las últimas notas de nuestro Himno patrio, cuando la presidenta de la sociedad, señorita María D. Grané, con voz armoniosa y palabra fácil, pronunció su brillante discurso en el que levantó los injustos cargos que algunas personas habian dirigido al «Ateneo de la Mujer»; historió á grandes rasgos la vida de la sociedad y dió á conocer los fines que persigue. Fué calurosamente aplaudida. El discurso de la señorita de Grané, es una excelente pieza literaria y está escrito con un estilo suelto y florido; lástima que esa señorita por una excesiva modestia no lo haya querido publicar.

*Cerimele.* — *Trovatore á cuatro manos*, por la niña Juana Coppetti, acompañada por su señor padre, el profesor Coppetti, era lo que anunciaba el programa; la hija del señor Coppetti estuvo inmejorable, toca con muchísima limpieza, fué muy aplaudida.

La bonita poesía *La Esperanza* del doctor Mendoza, fué perfectamente recitada por la niña Blanca Flores; en el curso de la lectura por varias veces la aplaudieron.

La señorita Roas Vivas, ejecutó con maestría, en el piano, una linda *Fantasia* de Smit: Hernani.

En seguida la señorita Rosa Nicola, pasó á ocupar la tribuna. *Influencia del «Ateneo de la Mujer» en la sociedad*, era el título de su trabajo, desarrolló muy bien este tema, demostrando que la mujer tiene las mismas dotes intelectuales que el hombre y que produciría buenos resultados el que se las instruyese como á éstos. Fué muy aplaudida.

El trabajo de la señorita Nicola, está bien escrito y contiene bellísimos conceptos, sentimos que no lo haya querido publicar.

El dulce y penetrante sonido del copofhone, impresionó nuestros oídos, era la niña Juana Coppetti que acompañada al piano por su señor padre el profesor Coppetti, nos hacia oír la armoniosa fantasía *Moisés* de Senna; los aplausos del público demostraron lo bien que estuvo la hijita del señor Coppetti.

*Israel* — Tanauser y Dengrin. — *Fantasia*

para piano, fué la pieza que tocó de una manera admirable la señorita Catalina Migliarini, escusado es decir que fué muy aplaudida.

La inspirada poesía *El Desterrado* del conocido vate oriental doctor Salterain, fué muy bien interpretada por la señorita Telésfora Taborda.

En seguida, las señoritas Manuela y Sara Silva, nos hicieron oír los armoniosos acordes de la preciosa pieza *Fanciola dell Asturia* de Benedeto Lecesi, sinfonía para piano á cuatro manos. Las señoritas de Silva demostraron tener mucha ejecucion y muy buena escuela. *Fanciola dell Asturia* es una pieza de gran efecto, de muchas dificultades; dificultades que ellas salvaron perfectamente. El público supo apreciar los relevantes méritos de esas señoritas, pues las últimas notas de la sinfonía se perdieron entre el estruendo de prolongados aplausos.

Con esa pieza se dió término á la primera parte de la velada, y despues de un pequeño descanso, empezó la segunda parte con el delicado coro de señoritas: *Saffo*. Las que componian el coro, eran las siguientes: señoritas Julia Grané, Romualda Flores, Dolores Jackson, Elvira Bonavia, Cata Migliarini, Sara Quinke, María Diparraguerre, Telésfora Taborda, Rosa Nicola, Elena Luppici, Lucrecia Grané, María Rolando, Aida Silva, Blanca Flores, Elena Grané, Blanca Nicola, Carlota Jackson, Juana Coppetti, Angela Pontaine y Estela Martinez, estuvo tan bien desempeñado y gustó tanto al público que los áplausos y los *bis* no concluyeron hasta que las dichas señoritas se dispusieron á repetirlo.

La señorita Casiana Flores, leyó con gracia y aplomo, su espléndido discurso sobre *La Mujer* en el que demostró que será un dia feliz para el mundo, aquel en que la mujer despojada de todos los atavios y aspiracion infundada, trate de dedicarse más al estudio y se ocupe de los grandes problemas sociales. No nos detenemos más, porque como este trabajo ha sido publicado en «La Razon» nuestros lectores ya habrán podido ver que es excelente. Fué varias veces interrumpida en la lectura, por entusiastas aplausos.

Smith — *Favorita* — Para piano, por la señorita María Diparraguerre, fué la pieza que sucedió á ese espléndido discurso, la se-

ñorita Diparraguerre estuvo inmejorable y cosechó nutridos aplausos.

Es increíble la gracia que tiene la niña Elina Grané y lo bien que recitó la poesía titulada *La Libertad*, del perinclito poeta oriental que se llamó Juan Carlos Gomez.

La señorita Julia Grané en el piano y el jóven don Luis Garabelli en el violin, ejecutaron de una manera sorprendente la preciosa melodía religiosa de Gounood. Es escusado decir lo bien que estuvo nuestro amigo Garabelli pues bien conocidos son sus dotes artísticos.

El discurso de la señorita María A. Sanchez titulado *Reminiscencias*, fué leído por la señorita Telésfora Taborda.

Es un discurso perfectamente escrito, gustó mucho y fué muy aplaudido.

Menizzi — *Il Guaraní* — Gran trio para copofhone, piano y violin, por la niña Juana Coppetti, el profesor señor Coppetti y el jóven Manuel F. Silva, era lo que anunciaba en seguida el programa. De nuevo pudimos apreciar los méritos de la niña Juana Coppetti y de su señor padre, así como lo bien que toca el violin, nuestro amigo Silva, del que podemos decir lo mismo que del señor Garabelli: bien conocidas son en nuestra sociedad sus dotes artísticos. Fueron muy aplaudidos.

Con sentimiento nos apercibimos que se acercaba el fin de la velada, cuando la vice-presidenta, señorita Rosalia Migliarini, con palabras sentidas, agradeció en su bonito *discurso de clausura*, al doctor Sienna y Carranza, el hecho de haberles brindado los salones del «Ateneo del Uruguay».

Resonaron en el ambiente las alegres notas de un *gran wals*, por la orquesta, cuando la concurrencia, completamente satisfecha, se retiraba.

La velada del «Ateneo de la Mujer» ha sido un gran acontecimiento para nuestra querida patria. Nunca hasta ahora habíamos presenciado una fiesta en la que la mujer luciese sus cualidades intelectuales. Se cumplieron todas las partes del programa, cosa que pocas veces sucede en fiestas de esa naturaleza. No hubo ni una sola nota discordante; todas desempeñaron sus partes de una manera sobresaliente, y con mas vehemencia de lo que lo puede decir mi pobre pluma, lo dijeron los caluroso

y prolongados aplausos con que el público manifestaba su aprobacion y entusiasmo.

Terminamos, felicitando sinceramente, tanto á la digna Comision Directiva de ese centro, como á todas las señoritas y caballeros que tomaron parte en la velada.

*Un oyente.*

## La góndola misteriosa

(CONTINUACION)

### DÉBORA

—Mi nombre es Débora. Mis padres fueron Antonio Golfarini y Estela Arezo. Ambos romanos, como su hija única que abrió sus párpados en la encantada margen del Tíber, para ver en torno suyo todas las magnificencias del arte antiguo y moderno, pagano y cristiano.

Mi madre, hija de un rico comerciante de Milan, era una mujer hermosa, como debió serlo la madre de los Gracos: era el verdadero tipo de la mujer romana. En su conjunto se mostraba el doble atractivo de la belleza del color y de la forma; y todas las virtudes de la tierra se encerraban en su corazon; en ese recóndito camarín, donde, como dijo cierto escritor, se alberga la ternura.

Mi padre, hijo y heredero de un poderoso florentino, era el modelo de la honradez. Mejor hijo, esposo y padre que él, no he conocido. Esta triple aureola de virtud que siempre le rodeó, me parece que dice bien alto los sentimientos que pudieron dominar su corazon.

Si los cielos y la tierra han santificado algun matrimonio, el de mis padres inquestionablemente lo ha sido.

El amor que un día se despertó en sus corazones y que los hizo el uno para el otro, no se amenguó jamás, y siempre brilló puro, como el astro que inflama los espacios.

Yo, la hija de un consorcio tan feliz, por quienes fui adorada hasta la idolatría, puedo decir, lo que es la felicidad terrena, refiriendo la historia del hogar donde se deslizó mi niñez serena y apacible como la linfa de un trasparente arroyuelo, iluminado por un sol de primavera.

Pero mi juventud, por lo mismo de haber sido tan sonriente, es que la voy á eli-

minar de mi historia. Así es que mi narracion tendrá principio desde el día en que, el *veloz correo* de la Escritura me hizo pasar el dorado umbral de los quince años.

En esa época vivía yo al lado de mis padres, en el antiguo palacio de mis abuelos; mansion que se levantaba ufana, desafiando los rigores del tiempo, frente al extremo de la isla Tiberina, y que me parece ver aún en delirio de mi espíritu, unas veces como el cielo de mis ensueños, de donde brota la luz de mi anhelada ventura, y otras veces como un abismo insondable, de donde se eleva una nube densa, que se dilata oscureciendo por grados el cielo de mi ventura y la ventura de mi corazon.

Yo entónces no era la misma que soy ahora.

Mi corazon, que no se había abierto aún á los halagos del amor, latía feliz y venturoso y mi mente estaba tan llena de celestes ilusiones, como el alma de esperanzas indefinibles. Mis pensamientos acariciaban todos una sola idea, la idea de un sér incorpóreo, de un sér ideal, cuya realizacion me parecía un sueño, que no lograria encontrar en este misero mundo, que para mí no tenía mayores atractivos, desde que él no podía darme lo primero que le pedía: lo más difícil de hallar!

Yo todavía no conocía el dolor, ni sabía lo que eran el mundo y sus pasiones.

Las huellas del pesar que se descubren en mi semblante, no se habían abierto aún, y las hebras de nieve prematura, que aparecen entre mis cabellos, todavía no habían tenido ocasion de aparecer.

Pero el tiempo todo lo lleva en su carrera vertiginosa, todo lo cambia: los suspiros en ayes, las risas en lágrimas, las luces en sombras y en amargas realidades las dulces ilusiones.

Quién me había de decir hace diez años, que los hechos que en ellos se han producido serian una realidad!

Si en las tardes primaverales, cuando yo me asomaba al balcón de la casa de mis padres, imaginándome ver levantarse del Tíber, entre su eflúvio imperceptible, el mundo de mis ensueños, en cuyo centro brillaba la imagen que llevaba impresa en mi corazon, hubiese soñado el porvenir que el tiempo me reservaba, hubiera sido feliz y no tendria para referir una historia tan llena de amarguras como la que envenena

mi corazón, y no hubiera forjado ni fantasía el mundo de quimeras y de ilusiones que me forjé en las márgenes del río que salvan los puentes de Fabricio y de Graciano.

¡Ah! Roma, Roma, patria de mis mayores, patria mía; al recordar las dulces horas de mis primeros días, y los días de mis primeras amarguras, no sé si bendecirte ó maldecirte!

Al aspirar tus brisas, he aspirado el aliento de la vida, el néctar del paraíso; más ¡ay! con ellas también he aspirado el aliento de la muerte, los letales licores del infierno.

(Continuará.)

## Tristezas

(A UN POETA)

El verdadero artista, refleja siempre en sus obras, el estado de su espíritu.

Faltan colores y cambiantes bellos  
En la paleta del pintor doliente,  
Cuando faltan reflejos y destellos  
Y sobran los nublados en la mente.

Por eso es que en sus lienzos aparecen  
El pesar y el dolor. . . sombras oscuras!  
Ni esperanzas ni dichas resplandecen,  
Solo brillan: tristezas y amarguras.

Y por eso también ¡pobre poeta!  
Que el alma tienes de pesares llena,  
Tan solo brota en tu laúd, inquieta,  
Doliente, amarga y triste cantilena!

Manrique.

## Leyenda

En la margen izquierda del río Uruguay había hace muchos años una pequeña choza, cuyas paredes estaban hechas de ramas entrelazadas y barro que cerraba todos sus intersticios, impidiendo la entrada al agua de las frecuentes lluvias, y techada habilmente con totora seca, recojida en la estación del estío de una laguna cercana, en cuyas orillas se veían al despuntar el alba, espátulas rosadas, nevadas cigüeñas y gallinetas de variados colores, que al sentir el menor ruido, se escabullían con

suma ligereza por entre los arbustos, camalotes y juncales, que formaban un marco de esmeralda al límpido cristal de sus apacibles aguas.

Tres personas habitaban felices aquella solitaria y agreste morada.

Un criollo, por cuyas venas circulaba la sangre belicosa y valiente del indígena Charrúa, su mujer también criolla, y su hija, prototipo de la belleza en la mujer americana.

Aquel hombre de musculatura de acero y de mirar franco y altivo á la vez, era un triste hacendado, entregado á la ruda é improba faena del campo desde su infancia, y para quien el mundo se hallaba encerrado en su mujer, que idolatraba con toda la vehemencia de su alma desconocedora de las falsías y maldades de la sociedad; y en su hija que era el ángel sonriente de aquel paraíso, constituyendo ámbos seres tan queridos, toda su fortuna, como él decía.

El ángel de aquel paraíso se llamaba Aminda y apenas contaba tres lustros, era alta, esbelta y graciosa; su talle, flexible como el junco; su tez, cobriza como la tez de una morisca; sus ojos negros, de un mirar profundo y llenos de vivacidad y de inocencia, se parecían á los lindos ojos de la tímida gama que corretea veloz entre los matorrales de nuestros feraces campos; sus labios un tanto pronunciados y rojos como la flor del seiho, sonreían siempre con una ternura indecible.

Era la diosa de aquellos alrededores, la maga á quien acudían los hijos de aquel suelo, á llevarla flores con las que ella te-gia primorosamente, preciosas guirnaldas que colocaba con inimitable gracia sobre su inmaculada frente, y á consultarla sobre el destino de su vida, rogándola vaticinara su porvenir.

La consideraban un sér escepcional y divino, en comunicacion directa con el mundo de los muertos y con Dios; era para aquella gente supersticiosa, lo que el imaginario *medium* para los ilusos espiritistas.

Era realmente un sér escepcional, un sér cuyo espíritu, destello ardiente de la inteligencia Suprema, vivía en el cielo, despreciando los falaces halagos del mundo y los llamados concupiscentes de la carne.

Un sér de esos que pasan por la tierra,

como un bólido fugaz por el cielo, dejando como éste á su paso, una estela luminosa, la estela del recuerdo;—y así como la que produce el bólido es borrada por las tinieblas de la noche, también la que dejan estos seres, se extingue y muere en las frias tinieblas del olvido.

Yo jamás podré olvidar á esta mujer con quien siempre soñaba en mi infancia, y cuya fantástica historia escuché de los labios de mi santa madre tantas veces, sin sentir cansancio, haciéndola repetir con verdadero deleite, tomando cada vez que me la contaba, mayor prestigio en mi corazón entonces virgen para las dulces afecciones del amor, llegando á amarla con fanatismo, como se ama ese sér vaporoso é intangible que se vé por todas partes y jamás se logra alcanzar, el ideal sublime, conjunto de todas las perfecciones, que creamos en nuestros candorosos ensueños infantiles y que con infinito dolor nunca vemos encarnado aquí en la tierra.

Su historia es muy triste, es muy conmovedora, cada vez que la leo en mi memoria, donde la llevo impresa con caracteres de fuego, siento que el corazón se me oprime fuertemente y que se agolpa el llanto á mis ojos.

Parece que aquel sér divino latiera en mi sér, y su espíritu animara á mi espíritu confundiendo con él, de la misma manera que se confunden y besan dos rayos de luna, dos miradas, dos suspiros.

Escuchad su historia que es tan triste como breve, y estoy seguro que amareis á Aminda como se ama á María de Jorge Isaacs y á Graciella de Alfonso de Lamartine, esos dos tipos de la mujer abnegada que sacrifica su vida en aras de un amor tan sublime como casto.

(Continuará).

## Acordes

### LUZ Y SOMBRA

Todo día cambiando de maneras

Ofrece dos esferas.

Una es de lumbré esplendorosa y bella,

La otra se cubre con la sombra oscura

Esta infunde pavora,

Se muestra grata y venturosa aquella.

Así, como los días, es la vida:

Tan pronto nos convida

Con la lumbré sutil de la esperanza,  
Como mata los últimos reflejos

Enseñando á lo léjos

Las sombras de la duda en lontananza.

*Manrique.*

### LAS DOS FACES

En los albores de la edad primera  
Sueña el hombre con dichas y alegría;  
Sueños que mata nuestra edad postrera  
Como la noche al reluciente día! . . .

En mis momentos de apacible calma  
Soñaba con tu amor y mi ventura;  
¡Hoy . . . me desgarrá el desengaño el alma  
Y al corazón inunda la amargura!

¡Así es la vida en el ingrato mundo! . . .  
Tan presto nos alhaga con sus flores,  
Como sepulta en el dolor profundo  
La dicha, la ilusión y los amores!

*Merlin.*

### DUDA Y ESPERANZA

Si son las sombras de la duda impías,  
Y acortan nuestros días  
Ahuyentando la luz de la esperanza  
Que se mira morir, cual á lo léjos  
Los últimos reflejos  
Del sol al esconderse en lontananza.

También es cierto que la luz radiosa,  
De la esperanza hermosa,  
Al brillar de la vida en los albores,  
Deshaciendo las sombras de la duda,  
A la vista la escuda  
Con la luz de sus puros resplandores.

*Poder.*

## Suelto

Hemos recibido unos versos firmados por *Vestal*, á los que no podemos dar cabida en nuestras columnas, por que una disposición de nuestro reglamento interno, nos prohíbe la publicación de artículo alguno firmado con pseudónimo, que no sea de los redactores.

Sepa, pues, *Vestal* que aunque fuera nuestro deseo publicarle su composición, no hubieran podido hacerlo

*Los Administradores.*